



## Conclusiones de la Post-Conferencia de Teresa Soler

### Los derechos de la mujer son derechos humanos.

El pasado 7 de marzo volvimos a reunirnos un pequeño grupo de personas respondiendo a la convocatoria de la iniciativa del Foro Gogoia que se celebra en lo que venimos llamando **Espacios de Encuentro Post-Conferencia**. En este caso, debatimos sobre los temas expuestos por Teresa Soler en el coloquio posterior a la proyección de su película **“Patriarcado, el organismo nocivo”**, que tuvo lugar en el Salón de Actos del Instituto Plaza de la Cruz el día 1 de marzo.

Tanto en la película como en el coloquio, Teresa Soler se había mostrado preocupada por la desigualdad y la carencia de referentes éticos y cívicos y se planteaba preguntas sobre la desigualdad que sigue presidiendo las relaciones hombre-mujer. También reflexionaba sobre si un escenario y estructura injustos pueden arrojar resultados justos. Puso el foco sobre los modelos y trampas que penden del sistema patriarcal, sobre si el hombre es también víctima y si es suficiente la denuncia que se hace de la violencia de género.

En el ámbito de la educación, se debatió sobre experiencias personales de algunas de las personas asistentes, profesionales de la educación en su día, reconociendo que en fechas recientes resultaba más fácil que en estos momentos abordar la educación sexual en los centros educativos. Hoy, en determinados contextos sociales y políticos, la formación afectivo-sexual se ve cómo la ideología de género y el profesorado, ante las dificultades, abandona.

En Navarra el programa Skolae ha colocado a nuestra comunidad educativa a la vanguardia de la coeducación. Pese al esfuerzo realizado, muchas han sido y están siendo las dificultades para su avance en la escuela pública y concertada. Desde el inicio ha sido el foco de las críticas y falsedades de los sectores más conservadores, que llevaron a sus responsables a los tribunales.

En el ámbito de la práctica religiosa, en el universo católico el patriarcado está muy arraigado en el contexto cultural de la Biblia y la estructura eclesial es fuertemente patriarcal. La moral respecto al 6º mandamiento (no cometerás actos impuros) siempre ha sido lo más importante, por lo que la educación da para lo que da. No hay forma de hacer un pacto de estado. Todo lo que está en este campo se considera ideología. Hacer que este tema sea troncal en la educación es políticamente imposible en el contexto actual, pero por otro lado se ve que es muy importante que haya una educación reglada en este ámbito. El feminismo afirma pretender realmente una sociedad de iguales. También el cristianismo quiere contribuir a ella. En la Iglesia no obstante, reconocida la especificidad de su propio ámbito y salvadas las diferencias ministeriales o de funciones, la mencionada igualdad está muy mediatizada por el clericalismo. Es éste una de las expresiones eclesiales del patriarcado, generador de una desigualdad que el mismo protocolo eclesial manifiesta, tutela y, aun sin pretenderlo, reproduce. Pero esto está sutilmente manipulado por la relación entre patriarcado y clericalismo. Esta manipulación está en los protocolos. De un sistema injusto no se puede obtener justicia.

La moral católica ha contribuido indirectamente a remarcar la genitalidad al hablar de sexualidad y los padres y madres consideran que, si les van a hablar de sexualidad a sus hijos,

les van a hablar de eso; ¿de qué otra cosa les van a hablar? Parece que, para muchas personas, la sexualidad es solo lo coital.

El Vaticano II abrió un poco este campo, pero ya sabemos lo que pasó con este Concilio. La Iglesia debería revisar todo el tema de la sexualidad. Cuando se intenta implantar algo en este campo, hay un déficit de información y para la gente la educación sexual es solo sexo. Para nada se considera que la educación de la afectividad entre en ese campo. Separar la afectividad de la sexualidad ha sido un error.

El reflejo de lo dicho anteriormente impregna nuestra sociedad. Sin duda, hemos avanzado en igualdad de derechos entre mujeres y hombres, pero esta igualdad legal o formal no implica igualdad real. Es lo que la filósofa feminista Amelia Valcárcel acuñó con el término “espejismo de la igualdad” para referirse a la idea de que la igualdad entre hombres y mujeres ya es una realidad. Esta es una percepción extendida entre alguna gente joven que desdeña las luchas por la igualdad. El patriarcado sigue colándose en nuestras vidas, a pesar de haber conquistado cuotas importantes de igualdad en ámbitos familiares y laborales. Un ejercicio de reflexión honesta nos lleva a muchas mujeres a reconocer cómo vamos cayendo en las trampas del patriarcado, asumiendo un papel que nunca quisimos. Lo expresa magistralmente la escritora y feminista Laura Freixas en su libro “A mí no me iba a pasar” y la ganadora del Premio Nobel de Literatura Annie Ernaux en su obra “La mujer helada”. También en el documental de Teresa Soler escuchamos el testimonio de una mujer maltratada que se consideraba la cuidadora del maltratador y la única persona que le podía salvar.

Nos preocupa la pornografía actual, que es muy denigrante y plantea un elevado nivel de agresividad en las relaciones. Es como una droga que engancha. La pornografía está marcando la forma en que se relacionan nuestra juventud y cosifica totalmente a la mujer. Una formación reglada en este campo aportaría a jóvenes y adolescentes las herramientas necesarias para enfrentarse al problema.

Este patriarcado tan negativo para las mujeres sólo cambiará cuando lo haga el modelo de masculinidad que tienen los hombres. Hoy hay herramientas para afrontar el problema y los hombres deben desaprender la forma en que se viven. Hay grupos, charlas, asociaciones que se dedican a trabajar este campo, y educarse es la única manera de romper la estructura organizativa de la sociedad. Se aprende a cómo mirar a la mujer que es víctima, cómo explicar la espiral de violencia.

Consideramos que la vida de familia debe ser un espacio a recuperar porque en ella se aprende a ser persona. El problema es que las familias reproducen lo que hay: criamos hijas e hijos para el mundo y se van al mundo. Se dispersan y la familia como centro desaparece.

De todos estos temas hablamos y debatimos, con respeto hacia todas las opiniones y tratando de ayudarnos a entender y poner en marcha nuestras propias actitudes para cuestionar el patriarcado, entender los orígenes de la violencia de género, despertar nuestra atención para estar alerta ante los peligros de lo que nos venden, de aquello que va incorporándose como “normal” a nuestra vivencia diaria, pero que, en realidad, socava los cimientos de una convivencia igualitaria real entre mujeres y hombres.